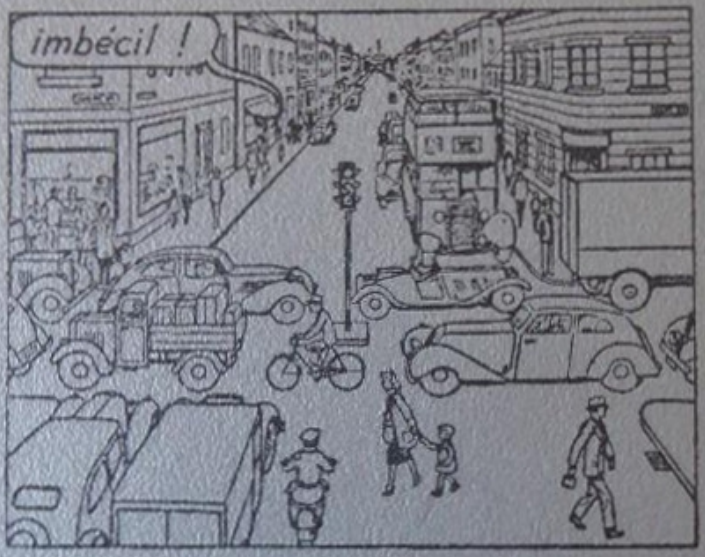
Robert Musil



SOBRE LA ESTUPIDEZ

MEDIO VOLUMEN || CUADERNOS INFIMOS 49

epublibre

En los años veinte y treinta, Robert Musil, que preparaba su gran novela-ensayo *El hombre sin atributos*, vivía aislado de los ambientes culturales austríacos que, a su vez, no tenían mucho interés en verle, oírle o leerle. Era una época de crisis en la que se dudaba de todo sistema de conocimiento filosófico, o de cualquier otro tipo. Así pues, esta conferencia *Sobre la estupidez* pronunciada por Robert Musil en 1937 en la federación Austríaca del Trabajo, después de la publicación de los dos primeros volúmenes de su novela, es una de sus escasísimas apariciones en público y también la última: en 1938, ante la ocupación nazi, Musil abandonó Viena para refugiarse en Suiza donde murió cuatro años después, prácticamente olvidado.

¿Qué es realmente la estupidez? ¿Quién es realmente estúpido? Siete años antes de esta conferencia, Robert Musil había escrito ya: «Si la estupidez no se pareciera tan perfectamente al progreso, al talento, o al mejoramiento, nadie querría ser estúpido». El lector podría preguntarse: ¿Quién se ha creído que es este Musil para hablar de la estupidez? Esta pregunta es estúpida, como lo demuestra Musil: se considera que, para hablar de la estupidez, hay que ser inteligente; se considera que hacer gala de inteligencia es un signo de estupidez; se considera, pues, más prudente no mostrarse inteligente, o sea, mostrarse estúpido. Esta prudencia, evidentemente pesimista, le recuerda a Musil aquella otra, más desastrosa, del más débil que, siendo el más sabio, evita mostrar su sabiduría: ¡ésta podría amenazar la vida del más fuerte! Pero escribe Musil: «El que está en el poder se irrita menos cuando los débiles no pueden que cuando no quieren». Por lo tanto, ser estúpido para no mostrarse inteligente, actitud que se considera estúpida, acaba por reducir al hombre a la «desesperación, o sea, a un estado de debilidad».

Éste no es más que uno de los aspectos analizados por Musil en este texto en el que cada frase es motivo de reflexión. Pocos

escritos sobre este tema ponen tantas ideas y principios en cuestión, pocos escritos proponen tantas sugerencias heterodoxas.

epublibre

Robert Musil

SOBRE LA ESTUPIDEZ

ePub r1.0
Titivillus 25.02.17

Título original: *Über die Dummheit*
Robert Musil, 1937
Traducción: Aloisio Rendi
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Señoras y Señores, quien hoy en día tenga la audacia de hablar de la estupidez corre graves riesgos: puede interpretarse como arrogancia o, incluso, como intento de perturbar el desarrollo de nuestra época. Por mi parte, hace ya varios años escribí: «Si la estupidez no se asemejase perfectamente al progreso, al talento, a la esperanza, o al mejoramiento, nadie querría ser estúpido». Esto ocurría en 1931 y nadie osará poner en duda que, incluso después, ¡el mundo ha visto todavía más progresos y mejoras! De manera que se hace cada vez más urgente e inaplazable dar una respuesta a la pregunta: ¿Qué es realmente la estupidez?

No quisiera omitir que en mi calidad de poeta conozco la estupidez desde hace mucho tiempo, ¡podría incluso decir que quizás he tenido con ella relaciones profesionales! En el mundo de las letras, apenas abrimos los ojos, nos vemos enfrentados a una resistencia, a una oposición difícil de describir, que parece capaz de presentarse de cualquier forma: ya sea personal, como la respetable de un profesor de literatura que, acostumbrado a mirar desde distancias incontrolables, se equivoca desastrosamente con respecto a la época contemporánea; ya sea en formas genéricas, omnipresentes, como la transformación del juicio crítico mediante el juicio comercial, desde que Dios, con su bondad difícilmente comprensible para nosotros, concedió la lengua humana incluso a los creadores de películas habladas.

He descrito ya en diferentes ocasiones otros fenómenos de este tipo, pero no es necesario que me repita o que lo complete (y, por lo que parece, sería incluso imposible frente a la tendencia colosal que todas las cosas presentan en la actualidad): basta con concretar, como resultado cierto, que la escasa sensibilidad artística de un pueblo no se revela solamente cuando las cosas salen mal y de forma violenta, sino también cuando salen bien y de todas las formas, por lo que existe solamente una diferencia gradual entre prohibiciones y opresiones, por un lado, y laureadas

ad honorem, destinadas a ocupar cátedras universitarias y a figurar en las distribuciones de premios, por otro.

Siempre he sospechado que esa resistencia con formas tan diferentes, en relación con el arte y la espiritualidad más elevada, por parte de un pueblo que se vanagloria de su amor por el arte, no es sino estupidez —¿quizás una forma particular, una estupidez artística especial y, quizás incluso, sentimental?— que en cualquier caso se exterioriza en este sentido: al que se le llama un «bello espíritu» sería al mismo tiempo un bello estúpido; y todavía hoy no veo muchos motivos para abandonar esta convicción. Naturalmente, no se puede culpar a todo lo que afea algo tan totalmente humano como el arte; una parte hay que atribuirla a las diferentes formas de falta de carácter, como han mostrado las experiencias de los últimos años. Pero no se debería objetar que la estupidez no interviene para nada en este caso, porque se refiere a la razón y no a los sentimientos, mientras que el arte depende de estos últimos. Sería un error. Por último, el *goce* estético es *juicio* y sentimiento. Y os pido permiso no sólo para añadir a esta gran fórmula, que he tomado prestada a Kant, la precisión de que Kant habla de una facultad de *juicio* estético y de un *juicio* de gusto, sino también para repetir a continuación las antinomias a que ello conduce: tesis: el juicio de gusto no se basa en conceptos, porque, si no, se podría discutirlo (decidir por medio de la demostración); antítesis: se basa en los conceptos, porque, si no, ni siquiera se podría discutirlo (buscar un acuerdo).

Y en este punto quisiera hacer la pregunta de si un juicio de este tipo, con la misma antinomia, no es la base de la política y de la confusión de la vida en general. Y ¿no es de esperar que, en una casa donde habitan el juicio y la razón, se presenten también sus hermanas y hermanitas, las diferentes formas de la estupidez? Sirva esto para indicar su importancia. Erasmo de Rotterdam escribió en su delicioso, y todavía hoy insólito, *Elogio de la locura*,

que, sin cierto grado de estupidez, el hombre no llegaría ni siquiera a nacer.

Una prueba del dominio vergonzoso y aplastante que la estupidez ejerce sobre nosotros muchos la dan al mostrarse, amigable y *conspirativamente* sorprendidos, cuando se enteran de que alguien, en quien tenían puesta su confianza, tiene intención de evocar el nombre de ese monstruo. No sólo he tenido esa experiencia, sino que además he podido comprobar muy pronto su validez histórica, cuando, durante mi investigación sobre los predecesores en la tradición de la estupidez —he descubierto una cantidad increíblemente pequeña de ellos; pero ¡los sabios prefieren evidentemente escribir sobre la sabiduría!—, recibí de un docto amigo el ejemplar impreso de una conferencia dada en el año 1866 por Eduard Erdmann, discípulo de Hegel y profesor en la universidad de Halle. Dicha conferencia, titulada *Sobre la estupidez*, comienza revelando en seguida que su anuncio fue acogido con carcajadas; y, cuando veo que esto puede ocurrirle incluso a un hegeliano, me convenzo todavía más de que tal comportamiento de los hombres hacia quien pretende hablar de la estupidez tiene una motivación especial y me encuentro presa de gran inseguridad, convencido como estoy de haber desafiado una fuerza psicológica poderosa y profundamente contradictoria.

Por eso, prefiero confesar inmediatamente la debilidad en que me encuentro con respecto a ella: no sé lo qué es. No he descubierto ninguna teoría de la estupidez con cuya ayuda se pretendiera salvar el mundo: al contrario, no he encontrado en el ámbito de las preocupaciones científicas ni siquiera una investigación dedicada a ella, y tampoco coincidencia de opiniones con respecto a su definición, que resultase del tratamiento de temas análogos. Quizá sea debido a mi ignorancia, pero es más probable que la pregunta: ¿qué es la estupidez?, no corresponda a los usos del pensamiento actual, como tampoco corresponden pre-

guntas sobre la esencia de la bondad, belleza o electricidad. Esto, a pesar del deseo de delimitar dicho concepto y de responder con la máxima sobriedad posible a tal pregunta preliminar a toda la vida, es bastante atrayente; así que un buen día quedé presa de la pregunta, sobre qué es «realmente» la estupidez, y no en el sentido en que todos la entienden, cosa que habría estado más en consonancia con mi competencia y capacidad de escritor. Y, como no quería salir del paso con medios poéticos, ni estaba en condiciones de hacerlo de forma científica, he intentado el camino más sencillo, como se hace espontáneamente en estos casos, examinando el uso de la palabra «estúpido» y de su familia, buscando los ejemplos más frecuentes, e intentando fusionar un poco lo que iba escribiendo.

Por desgracia, un procedimiento de este tipo presenta el riesgo de ser como una caza de mariposas: durante un tiempo seguimos lo que creemos estar observando, sin perderlo de vista, pero, como por otras partes, por idénticos caminos en zigzag, se acercan otras mariposas, casi idénticas, pronto no sabemos bien si estamos todavía siguiendo la del principio. Y, así también, los ejemplos de la familia de la estupidez no siempre permiten distinguir si existe verdaderamente entre ellos un lazo originario o si atraen sólo, exterior e improvisadamente, la atención de uno a otro, y no será nada fácil recogerlos todos en un haz que pertenezca verdaderamente a un estúpido.

En tales condiciones, es casi indiferente cómo se comience. Hagámoslo, pues, de cualquier manera: lo mejor es empezar inmediatamente con la dificultad inicial que consiste en el hecho de que quien quiera hablar de la estupidez, o asistir con provecho a una disertación sobre ella, debe presuponer que él mismo no es un estúpido; y, por eso, alardea de ser inteligente, ¡aunque eso se considere generalmente como señal de estupidez! Si profundizamos la cuestión, como los estúpidos han alardeado de ser inteligentes, surge inmediatamente una respuesta, que parece cu-

bierta por el polvo de los más antiguos predecesores, que sostiene que es más prudente no mostrarse inteligente. Es probable que esa prudencia profundamente pesimista, ni siquiera hoy más comprensible a primera vista, provenga todavía de condiciones en que para el más débil era realmente más prudente no pasar por sabio: ¡la sabiduría habría podido amenazar la vida de los más fuertes!

En cambio, la estupidez elimina cualquier sospecha: «desarma», como se dice todavía hoy. Y huellas de esa astucia, de esa estupidez astuta, las encontramos todavía en el hecho de que las fuerzas están tan desigualmente distribuidas que el más débil busca su salvación en fingirse más estúpido de lo que es; se encuentran, por ejemplo, en la proverbial astucia cotidiana, también en las relaciones entre la servidumbre y los propietarios del lenguaje culto, en la relación del soldado con el superior, del escolar con el maestro y del niño con los padres. Quien está en el poder se irrita menos cuando los débiles no pueden que cuando no quieren. La estupidez lo reduce directamente a la «desesperación», es decir, ¡inconfundiblemente a un estado de debilidad!

¡Con esto coincide perfectamente el hecho de que la inteligencia le hace montar en cólera fácilmente! Es cierto que se la aprecia en el ser servil, pero sólo cuando va unida a la sumisión más incondicional. En el momento en que le falta ese certificado de buena conducta y aparece la duda sobre si será ventajosa para el señor, se la llama no tanto inteligencia cuanto impertinencia, insolencia o perfidia: y muchas veces de ello se deriva una situación que parece, por lo menos, manchar el honor y la autoridad del poderoso, aun cuando no lo amenace en su seguridad.

En el campo de la educación, a un alumno bien dotado y rebelde se le trata con mayor dureza que a uno recalcitrante por obtuso mental. En el de la moral, ha producido la concepción de que la voluntad de un hombre es tanto más malvada cuanto más valiosa sea su inteligencia. Ni siquiera la inteligencia ha quedado

inmune de ese prejuicio personal y juzga con especial reprobación la ejecución inteligente de un crimen como «refinada» y «carente de sensibilidad». Y en el de la política, cualquiera podrá procurarse ejemplos donde le parezca.

Pero también la estupidez —se podría objetar— puede ser irritante y no es cierto que calme los nervios en todos los casos. En pocas palabras, generalmente provoca impaciencia, pero en casos excepcionales provoca incluso crueldad; y las repugnantes aberraciones de esa morbosa crueldad, que comúnmente suele llamarse sadismo, nos muestran muchas veces seres estúpidos en el papel de víctima. Ello se debe al hecho de que éstos caen presa de los crueles con más facilidad que los demás; pero también parece estar en relación con el hecho de que su evidente falta de resistencia excita ferozmente la imaginación, como el olor de sangre excita el placer de la caza, y la atrae a un desierto en que la crueldad va «demasiado lejos», casi sólo porque no encuentra ninguna barrera, ningún obstáculo por ningún lado. Esto constituye un rasgo de sufrimiento en quien infringe sufrimiento, una debilidad inmersa en su brutalidad; y, aunque la privilegiada indignación de la compasión ofendida sólo raras veces permita observarlo, no obstante, tanto en el caso del amor, como en el de la crueldad, se requieren dos que congenien mutuamente.

El estudio de este problema sería importante en una humanidad como la nuestra, tan atormentada por su «vil crueldad hacia los débiles» (y ésta es, me parece, la formulación más corriente para describir el sadismo); pero, considerando la relación seguida en su línea esencial y después de una rápida revisión de los primeros ejemplos, incluso lo que de ello se ha dicho debe figurar como divagación y, en conjunto, puede sacarse algo más: que puede ser estúpido vanagloriarse de la propia inteligencia, pero que no siempre es inteligente ganarse fama de estúpido. Aquí es imposible generalizar; o, en todo caso, la única generalización admisible debería ser la de que la cosa más sensata en este mundo

es la de ¡hacerse notar lo menos posible! Y, de hecho, ya se ha trazado varias veces esa línea de conclusión, esencial en toda sensatez. No obstante, muchas veces se hace un uso sólo parcial, o simbólico y representativo, de esa conclusión misantrópica, y entonces ello nos conduce a contemplar el ámbito de las reglas de modestia y de reglas todavía más amplias, sin que haya que abandonar del todo el campo de la sensatez y de la estupidez.

Sea por miedo a parecer estúpido, o por miedo a ofender las buenas costumbres, muchos hombres se consideran inteligentes, es cierto, pero no lo dicen. Y, cuando se ven obligados a hablar de ello, lo circunscriben con una perífrasis y dicen por ejemplo: «No soy *más estúpido* que otros». Todavía más corriente es introducir en el discurso, con el tono más distanciado y sobrio posible, la consideración: «Puedo decir que poseo una inteligencia normal». Y quizá la convicción sobre la propia inteligencia hace su aparición, en la forma coloquial: «¡No dejo que me tomen por estúpido!». Tanto más digno de observarse es el hecho de que no sólo el individuo en sus pensamientos se considera en secreto como particularmente inteligente y bien dotado, sino que también el hombre que actúa en la historia dice y manda decir, apenas obtiene el poder, que es infinitamente prudente, iluminado, noble, eminente, generoso, elegido por Dios y predestinado por la historia. Incluso lo dice de buena gana a propósito de otro, en caso de que se sienta iluminado por su reflejo. En los títulos y apelativos como majestad, eminencia, excelencia, magnificencia, señoría, todo esto se ha conservado en un estado de fosilización y ya no está reavivado por una conciencia precisa: pero se revela de nuevo e inmediatamente, con toda su vitalidad, cuando el hombre de hoy habla como masa. En particular, existe una condición media del espíritu y del alma, que carece de pudor en su presunción, tan pronto se presenta bajo la protección de un partido o nación o corriente artística y que, en lugar de «yo», permite decir «nosotros».

Con una reserva perfectamente comprensible y trivial, esa presunción puede llamarse también vanidad, y en verdad el alma de muchos pueblos y estados aparece dominada por sentimientos entre los que la vanidad ocupa de forma innegable un puesto preeminente; y, por otra parte, entre la vanidad y la estupidez siempre ha habido una relación, que quizá pueda proporcionarnos una indicación útil. Un hombre aparece como vanidoso por el hecho de que le falta la inteligencia de ocultarlo; pero en realidad no hay ni siquiera necesidad de ello, porque el parentesco entre estupidez y vanidad es directo. Un hombre vanidoso produce la impresión de hacer menos de lo que sería capaz de hacer; es como una máquina que pierde vapor. El viejo dicho «estupidez y orgullo crecen bajo el mismo árbol» significa precisamente esto, como también la expresión de que la vanidad es «ciega». Lo que relacionamos con el concepto de vanidad es el esperar una prestación insuficiente, ya que la palabra «vano» quiere decir en su significado primero casi lo mismo que «inútil». Y esa reducción de la prestación se la espera incluso donde se da en realidad: no por casualidad van unidos entre sí la vanidad y el talento, pero entonces recibimos la impresión de que se habría podido hacer todavía más, si el vanidoso no obstaculizase su propia actividad. Esa tenaz idea de una prestación reducida resulta ser también la idea más general que tenemos de la estupidez.

Sin embargo, se procura, como es sabido, evitar el comportamiento vanidoso, no porque pueda ser estúpido, sino esencialmente también en este caso, porque es una perturbación del buen comportamiento: «quien se alaba se ensucia», dice un viejo proverbio, y significa que la jactancia, el hablar mucho de sí mismo y alabarse, se considera no sólo imprudente, sino también indecente. Si no me equivoco, las leyes del buen comportamiento que no se ven afectadas forman parte de los multiformes mandatos de reserva y distanciamiento destinados a no provocar conflictos con la presunción, presuponiendo siempre que no es me-

nor en el prójimo que en nosotros mismos. Dichos mandatos de distanciamiento prohíben incluso el uso de palabras sinceras, regulan las formas del saludo y de la alocución, no permiten que se nos contradiga sin excusarse o que una carta comience con la palabra «yo», en resumen, exigen la observación de determinadas reglas con el fin de que no nos «acerquemos demasiado» unos a otros. Su misión consiste en allanar y nivelar las relaciones mutuas, en facilitar el amor propio y el amor al prójimo y en conservar, por decirlo así, una temperatura media en el intercambio de relaciones humanas; y esas prescripciones las encontramos en cualquier sociedad, en las primitivas todavía más que en las de alto nivel de civilización, e, incluso, la de los animales, aunque carente de palabras, las conoce, como se desprende fácilmente de muchas de sus ceremonias. No obstante, forma parte de dichos mandatos de distanciamiento no sólo el no alabarse a sí mismo, sino también el alabar a los demás con demasiada intromisión. Decirle en la cara a alguien que es un santo o un genio sería tan monstruoso como decirlo de nosotros mismos; y ensuciarse el rostro y arrancarse los cabellos no sería, para la sensibilidad actual, realmente mejor que insultar al prójimo. Nos contentamos con hacer la observación de que no somos más estúpidos o peores que otros, como ya hemos dicho.

Lo que en una situación de orden se desecha son las formulaciones excesivas e incontroladas. Y, de la misma forma que antes hablábamos de la vanidad, por la que pueblos y partidos se creen superiores a los demás en inspiración, hemos de añadir aquí que la mayoría vitalista —como el individuo megalómano en sus alucinaciones— no sólo cree detentar el monopolio de la sabiduría, sino también el de la virtud, y se considera valiente, noble, invencible, pía y buena; y que, entre los hombres, existe una propensión en particular, la de permitirse, cuando se presentan en masas, todo lo que les está prohibido como individuos. Esos privilegios de un «Nosotros», vuelto grande, producen hoy en

día la impresión de que la civilización y la sumisión del individuo, cada vez más creciente, quedan compensadas por el embrutecimiento, que aumenta en la misma proporción, de las naciones, los estados y los grupos ideológicos; y, evidentemente, en esto se revela una perturbación emotiva, una perturbación del equilibrio emotivo, que en el fondo precede al contraste entre *yo* y *nosotros*, así como a cualquier forma de valoración moral. Pero —deberíamos preguntarnos—, ¿se trata todavía de estupidez en ese caso? ¿Tiene todavía algo que ver eso con la estupidez?

¡Egregios oyentes! ¡Nadie lo pone en duda! Pero, permitidme, antes de responder, recuperar el aliento con un ejemplo no carente de cierta sensibilidad. Todos nosotros, aunque especialmente nosotros los hombres y, en particular, todos los escritores famosos, conocemos a esa dama que quisiera confiarnos a toda costa la novela de su vida y cuya alma, al parecer, siempre se ha encontrado en condiciones interesantes, sin que nunca haya alcanzado ningún éxito, que espera solamente de nosotros. ¿Es estúpida esa dama? Algo procedente del borbotón de las impresiones nos susurra: ¡sí, lo es! Pero la cortesía, y también la justicia, nos obligan a admitir que no lo es completamente, y no siempre. Habla mucho de sí misma, y en general habla mucho. Lanza juicios con mucha decisión y a propósito de cualquier cosa. Es vanidosa e indiscreta. Nos alecciona con frecuencia. Generalmente su vida sentimental no está en su sitio y, en general, su vida es un poco desgraciada. Pero, ¿acaso no existen también otros tipos de personas a quienes se podría aplicar todo esto o, por lo menos, en gran parte? Hablar mucho de sí mismo, por ejemplo, es también un vicio de los egoístas, de los inquietos e incluso de cierto tipo de melancólicos. Y el mismo comportamiento en general se puede atribuir, en especial, a los jóvenes, de cuyos fenómenos de crecimiento forma parte el hablar mucho de sí mismos, ser vanidosos, sabihondos, y un poco fuera de lugar en la vida, mostrar, en suma, esas desviaciones de la inteligencia y del decoro, sin

que por ello sean estúpidos o más estúpidos de lo normal, debido al hecho de que todavía no han llegado a ser inteligentes.

¡Señoras y señores! Los juicios de la vida cotidiana y de su experiencia humana suelen ser exactos, pero suelen estar, además, equivocados. No son fruto de la búsqueda de una auténtica doctrina, sino que sólo representan actos psíquicos de aprobación o de defensa. Por eso, este ejemplo solamente nos enseña que cualquiera puede ser estúpido, pero no lo es necesariamente, que el significado cambia con el contexto en que aparece y que la estupidez va estrechamente vinculada a otros elementos, sin que se pueda encontrar por ningún lado el hilo que permita descoser de una vez el tejido. Incluso la genialidad y la estupidez van inseparablemente unidas, y la prohibición (bajo pena de ser considerado estúpido) de hablar mucho y de hablar mucho de sí mismo, la humanidad la elude de forma curiosa: por medio del poeta. A éste se le permite contar, en nombre de la humanidad, que ha comido bien o que el sol brilla en el cielo, puede poner al desnudo su interior, revelar secretos, hacer confesiones, hacer declaraciones con extraordinaria sinceridad (¡por lo menos muchos poetas lo hacen!); y todo esto presenta el aspecto de una excepción que la humanidad se concede para hacer algo que, de otra forma, prohíbe. De esa forma habla incesantemente de sí misma y con la ayuda del poeta ha narrado ya millones de veces las mismas historias y aventuras, variando solamente las situaciones, sin que el resultado haya supuesto para ella ningún progreso o enriquecimiento del pensamiento: ¿no habría entonces que sospechar estupidez en ella por el uso que hace de su poesía y por la adaptación de la poesía a su uso? ¡Yo, por mi parte, no lo considero del todo imposible!

Entre los campos de aplicación de la estupidez y de la inmoralidad —esta última entendida en el sentido ulterior, actualmente no usual, equivalente casi a falta de valores espirituales, pero no de moderación— existe en cualquier caso una compleja identi-

dad y diferencia. Y esa mutua pertenencia, esa relación, es semejante a lo que Johann Eduard Erdmann expresó en un pasaje importante de su ya citado discurso, con la formulación de que la ordinariez es la «praxis de la estupidez». Dice: «Las palabras no son la única forma en que se revela un estado psíquico. También se expresa en acciones. Igual ocurre con la estupidez. Llamamos ordinariez no sólo al ser estúpido, sino también a actuar como un estúpido, a cometer estupideces» —de ahí, la praxis de la estupidez— «o a la estupidez en acción». Así pues, esta atrayente afirmación enseña nada menos que la estupidez es un error del sentimiento, ¡porque la ordinariez lo es! Y esto conduce directamente a esas «perturbación emotiva» y «perturbación del equilibrio emotivo» de que ya hemos hablado, sin haber podido encontrarles una explicación. Incluso la explicación contenida en las palabras de Erdmann puede no coincidir con la verdad, porque, aparte del hecho de que ésta mira solamente al hombre individual ordinario y no educado, en contraste con la «cultura», y, por tanto, no incluye todas las formas de aplicación de la estupidez, tampoco la ordinariez es solamente una estupidez y la estupidez no es solamente ordinariez, y, por eso, quedan todavía varias cosas por explicar sobre la relación entre emotividad e inteligencia, cuando se unen para producir la «estupidez aplicada», y estas cosas deben aclararse antes, y la mejor forma es utilizar nuevamente algunos ejemplos.

Para que resalten los contornos del concepto de estupidez es necesario sobre todo no quedarse sólo en la concepción de que la estupidez es preferentemente una falta de inteligencia; ya hemos indicado que la opinión más general parece ser la de la incapacidad en las actividades más diversas, de la insuficiencia física e intelectual en general. Un ejemplo significativo de ello lo tenemos en nuestros dialectos locales, la definición de la sordera, es decir, de un defecto físico, con la palabra *derisch* o *terisch*, que probablemente significa *torisch*[1], y que se acerca, por tanto, a la estupi-

dez. Y, como en este caso, la acusación de estupidez se usa popularmente también en otros casos. Cuando un deportista cae en el momento decisivo o comete un error, dice: «¡Estaba como atontado!» o bien: «¡No sé bien dónde tenía la cabeza!», aunque la participación de la cabeza en la natación o en el boxeo se pueda siempre considerar como más bien vaga. También entre los muchachos y los deportistas, uno que se comportase neciamente se vería tachado de estúpido, aunque fuese un Hölderlin. Además, existen situaciones de negocios en que quien no sea astuto y sin escrúpulos pasa por ser estúpido. En conjunto, ésas son estupideces ligadas a sabidurías más antiguas que la que se alaba oficialmente; y, si no estoy mal informado, en la era germánica antigua, no sólo las concepciones morales, sino también las nociones de lo competente, experto y sabio, es decir, las nociones intelectuales, se referían a la guerra y a la lucha. Así pues, a toda sabiduría le corresponde su estupidez, e incluso la psicología animal ha descubierto en sus pruebas de inteligencia que a todo «tipo de prestación» se podía atribuir un «tipo de estupidez».

Por eso, si quisiésemos encontrar un significado de la inteligencia, lo más extenso posible, resultaría de estas comparaciones poco más o menos el de habilidad y capacidad, y todo lo que es incapaz se podría llamar estúpido; y así es en realidad cuando una habilidad perteneciente a una estupidez no recibe al pie de la letra el nombre de inteligencia. Que la habilidad ocupa el primer lugar y satisface en un momento determinado el concepto de inteligencia y de estupidez es algo que depende de la forma de vida. En épocas de seguridad individual serán la justicia, la violencia, la agudeza de los sentidos y la agilidad física las que caractericen el concepto de inteligencia, mientras que en épocas de una mentalidad de vida más espiritual —con las reservas necesarias, se podría incluso decir: burguesas—, se sustituyen por el trabajo intelectual. Más exactamente, debería ser el trabajo intelectual más elevado, pero en el desarrollo de las cosas ha resultado la

preponderancia de la prestación racional, que se ve escrita en el rostro vacío, bajo la dura frente de una activa humanidad; y así ha resultado que hoy día la inteligencia y la estupidez se refieren sólo, como si no pudiese ser de ninguna otra forma, al raciocinio y a los diferentes grados de su habilidad, aunque ello sea más o menos unilateral.

La concepción general de incapacidad unida desde el principio a la palabra «estúpido» —ya sea en el sentido de incapaz frente a cualquier cosa o bien en el de una cualquiera incapacidad específica— tiene además una consecuencia importante: los términos «estúpido» y «estupidez», en cuanto significan incapacidad genérica, pueden sustituir, a veces, cualquier palabra que indique una incapacidad específica. Éste es uno de los motivos por los que la acusación recíproca de estupidez está hoy tan difundida. (En otro contexto, ésa es también la razón por la que el concepto es tan difícil de delimitar, como mostraban nuestros ejemplos). Basta leer las anotaciones que aparecen al margen de novelas de cierta pretensión que han permanecido durante mucho tiempo casi en el anonimato de las librerías circulantes: en este caso, en el que el lector está solo con el poeta, su juicio se expresa con frecuencia en la palabra «¡estúpido!», y en sus equivalentes, como «¡imbécil!», «¡absurdo!», «¡estupidez inexpresable!» y otras semejantes. Así también ésas son las primeras palabras de indignación, cuando el hombre se enfrenta en masa con el artista, así en las exposiciones artísticas o en las representaciones teatrales, y se escandaliza.

También habría que recordar aquí la palabra *kitsch*, predilecta como ninguna otra como primer juicio entre los propios artistas; sin que, a pesar de todo, al menos por lo que yo sé, se pueda definir su concepto y expresar su goce, salvo con el verbo *verkitschen*, que en el uso coloquial tiene el valor de «vender a bajo costo», «vender con pérdidas». *Kitsch* tiene también el sentido de mercancía a un precio demasiado barato, de ganga, y tengo la

impresión de que este significado, traspuesto en sentido espiritual, se puede aplicar allí donde la palabra se usa inconscientemente con razón.

Puesto que mercancía de ganga, chapucería, entran en la palabra *kitsch* principalmente en el sentido unido a ellas de mercancía sin valor, insuficiente, y, por otra parte, el concepto de invalidez, de insuficiencia, está también en el uso de la palabra estúpido, no es exagerado afirmar que tendemos a definir «de cualquier modo estúpido» todo lo que no nos cae bien —especialmente si, a partir de eso, ¡pretendemos además respetarlo como de elevada sensibilidad artística!—. Y, para definir ese «de cualquier modo», es importante observar que el uso de las expresiones de estupidez está íntimamente compenetrado con otro uso, que comprende las también imperfectas expresiones para lo que es vulgar y moralmente repugnante: ello conduce nuestra mirada a un momento ya observado, al destino común de los conceptos «estúpido» e «indecente». Porque no sólo *kitsch*, la expresión estética de origen intelectual, sino también las palabras morales «¡porquería!», «¡repugnante!», «¡asqueroso!», «¡insolente!», «¡morboso!» son críticas artísticas incisivas y subdesarrolladas, y juicios sobre la vida. Sin embargo, quizás estas expresiones contienen también un esfuerzo intelectual, una diferenciación de significado, aunque se usen sin distinción; y entonces el último medio a que se recurre es al grito ya casi mudo: «¡Qué indecencia!», que sustituye a todo el resto y puede repartirse el dominio del mundo con el grito «¡Qué estupidez!». Porque esas dos palabras pueden sustituir a todas las demás, ya que «estúpido» ha adquirido el significado de incapacidad genérica, e «indecente», el de ofensa genérica a la moral; y, si oímos lo que los hombres dicen uno de otro, parece que el autorretrato de la humanidad, tal como se viene desarrollando de modo incontrolado a partir de esas fotografías de grupo recíprocas, se componga sólo de variaciones sobre esas dos palabras de color desagradable.

Quizá valga la pena observarlo con mayor atención. Sin duda, ambas constituyen el escalón más bajo de un juicio que no ha llegado a su maduración, una crítica que se ha estructurado del todo, que siente que algo no va, pero no está en condiciones de decir qué. El uso de estas palabras es la expresión más simple y más fuerte de desaprobación que se pueda encontrar, es el comienzo de una respuesta y, al mismo tiempo, su conclusión, si pensamos que «estúpido» e «indecente», sea cual sea su significado, se usan como insultos. De hecho, el significado de los insultos no reside tanto en su contenido cuanto en su uso; y muchos de nosotros amamos quizás a los asnos, pero nos ofenderíamos si nos llamasen así. El insulto no representa lo que simboliza, sino una mezcla de imágenes, sentimientos e intenciones, que no puede de ninguna manera expresar, sino sólo señalar. De alguna manera, ese carácter le es común con las palabras de moda y extranjeras, que por eso parecen indispensables, aunque se puedan sustituir. Por ese motivo los insultos contienen algo excitante, que coincide con su intención, pero no con su contenido; y eso se ve, incluso con mayor claridad, en las expresiones de burla y de mofa de los jóvenes: un niño dice *busch* o *moritz*[2] y consigue con ello, gracias a relaciones secretas, enfurecer a otro.

Lo que se puede decir de las palabras de insulto, mofa, de moda y extranjeras se puede decir de los chistes, de los lugares comunes, de las palabras de amor: y el elemento común a dichas palabras, por lo demás tan diferentes entre sí, es que están al servicio de un momento emotivo y que son la imprecisión y la impropiedad lo que les permite suplantar en el uso a sectores enteros de palabras más apropiadas, racionales y exactas. Quizás en la vida no se puede hacerlo así y no vamos a negar su importancia; pero es estúpido lo que ocurre en tales casos. Esa relación se puede estudiar de una manera más clara en un modelo principal de la confusión mental, es decir, en el pánico. Cuando algo ejerce sobre el hombre una acción demasiado violenta para él, ya sea un

espanto imprevisto o una presión psíquica continua, entonces puede ocurrir que ese hombre actúe de repente «perdiendo la cabeza».

Quizá comience a gritar, tal como lo hace un niño, o quizás huya «a ciegas» de un peligro o se precipite a ciegas en él, o sea presa de una tendencia explosiva a la destrucción, al insulto, al lamento. En conjunto producirá, en lugar de la acción útil requerida por la situación, una gran cantidad de acciones que, siempre en apariencia, pero muchas veces en realidad, son inútiles o incluso contraproducentes. Este tipo de acción se conoce mejor por el nombre de «temor pánico», pero, si no se entiende la palabra en sentido restrictivo, se puede hablar también incluso de un pánico de la ira, de la codicia, e incluso de la ternura, y, en general, de todos los momentos en que un estado de excitación se manifiesta sin conseguir calmarse, de forma tan agitada como ciega y absurda. La existencia de un pánico del valor, que se distingue del miedo apenas por la dirección opuesta del efecto, nos la ha confirmado un hombre tan valiente como inteligente.

Lo que ocurre con el comienzo del pánico se considera psicológicamente como limitación temporal de la inteligencia y, en general, de las cualidades espirituales más elevadas, a las que sustituyen mecanismos psíquicos más antiguos; pero hay que añadir también que con la parálisis y la atrofia de la razón en esos casos no se da tanto una disminución hasta la acción instintiva cuanto, más bien, un paso a través de ese estado hasta un instinto de la extrema necesidad y una forma de acción extremada y desesperada. Este tipo de acción presenta el aspecto de la confusión total, es desordenado y carente, en apariencia, tanto de razón como de cualquier instinto salvador; pero su proyecto inconsciente consiste en la calidad de las acciones por su cantidad, y su no despreciable astucia se basa en la probabilidad de que entre cien intentos a ciegas que resulten fracasos, haya una papeleta premiada. Un hombre que ha perdido la cabeza, un insecto que se gol-

pea muchas veces contra la parte cerrada de la ventana hasta que, por casualidad, «se precipita» fuera por la parte abierta, no hacen otra cosa, en su confusión, que lo que hace con cálculo preciso el arte bélico cuando dirige una ráfaga o una salva contra un blanco, o cuando usa una granada o un *shrapnel*.

Ello quiere decir, en otras palabras, sustituir un modo de acción con objetivo preciso por otro macizo, y es muy característico del ánimo humano sustituir la naturaleza de las palabras o de las acciones por su masa. Pero en el uso de palabras indistintas hay algo muy semejante al uso de muchas palabras, porque, cuanto más indistinta es una palabra, tanto más amplio es el número de cosas a que se puede atribuir; y lo mismo se puede decir de la inexactitud. Si esas formas de hablar son estúpidas, entonces serán el elemento de unión que emparenta la estupidez con el pánico, y también el uso excesivo de ésta y de análogas acusaciones no diferirá mucho de un intento de salvación psíquico con métodos arcaicos y primitivos —y, como bien se puede decir con razón, morbosos—. Y, en realidad, por el uso justo de la acusación de que algo sea verdaderamente una estupidez o una indecencia se puede reconocer no sólo la limitación de la inteligencia, sino también un impulso ciego a la fuga insensata o a la destrucción. Esas palabras no sólo son insultos, sino que sustituyen, además, a toda una andanada de insultos. Allí donde algo sólo se puede expresar gracias a ella, se está cerca de la violencia física. Para volver a ejemplos ya citados, se agreden cuadros a paraguazos y, además, en sustitución de quien los ha pintado, se arrojan libros al suelo, como si eso fuese un medio para eliminar el veneno. Pero hay además una presión debilitadora que precede a esa violencia y de la cual ésta debe liberar; se «sofoca» de rabia; «no bastan palabras», salvo precisamente las más genéricas y pobres de significado; uno ha «perdido la palabra», debe «darse aire». Es el grado de pérdida del lenguaje, incluso del pensamiento, que precede a la explosión. Significa un estado grave de insufi-

ciencia y, al final, la explosión se ve introducida por la expresión banal y profunda de que «la cosa es demasiado estúpida». Sin embargo, esa cosa somos nosotros mismos. En una era en que una gran energía activa se aprecia mucho, es necesario recordar lo que quizá se le asemeja tanto, que puede producir confusión.

¡Señoras y señores! Hoy en día se habla de una crisis de fe en el humanitarismo, una crisis de fe que hasta ahora se escondía en el sentido de humanidad: se podría incluso hablar de un pánico que está a punto de sustituir a la seguridad, de forma que nos sea posible hacer avanzar nuestros asuntos en libertad y de forma racional. Y no debemos eludirlo: esos dos conceptos morales y también ético-estéticos, la libertad y la razón, que están unidos a nosotros como emblemas de la dignidad humana de la época clásica del cosmopolitismo alemán, ya hacia la mitad del siglo diecinueve o poco después, no estaban en tan buenas condiciones. Lentamente fueron quedando «fuera de uso», no se sabía qué hacer con ellos, y el mérito de que hayamos dejado que se reduzcan cada vez más, corresponde no tanto a sus enemigos cuanto a sus amigos. Por eso, no podemos ni siquiera eludirlos en el futuro: nosotros, o quienes vengan después no recuperaremos esas concepciones inmutadas; nuestra misión, y justificación de las pruebas a que se verán sometidos los espíritus, será —y ésta es la misión muchas veces incomprendida, llena de dolor y esperanza al mismo tiempo, de todas las generaciones— la de realizar con las menores pérdidas posibles ese paso hacia lo nuevo que siempre es necesario, incluso bastante deseable. Y ya que no se ha llegado, en el momento justo, al paso hacia ideas que conserven en parte el pasado, pero que se transformen ellas mismas, tanto más necesarias son en esa actividad concepciones que sirvan de sostén a lo verdadero, racional, importante, sabio, y, por eso, en el extremo opuesto, también a lo estúpido.

Pero, ¿qué noción, o noción parcial, se puede tener de la estupidez, cuando la noción de razón y de inteligencia está en deca-

dencia? Y, para demostrar hasta qué punto cambian esas concepciones con el tiempo, quiero ofrecer este pequeño ejemplo, de que a la pregunta: «¿Qué es la justicia?» se responda: «¡Cuando se castiga al *otro*!», que en un manual de psiquiatría, muy conocido hace tiempo, se citaba como caso de imbecilidad, mientras que en él se basa hoy una concepción del derecho bastante discutida. Por eso, temo que no será posible concluir ni siquiera con las más modestas argumentaciones sin por lo menos citar un núcleo independiente de cambios temporales. Del que surgen otras cuestiones y consideraciones.

No tengo ningún derecho a presentarme como psicólogo, y ni siquiera tengo la intención de hacerlo, pero me parece que un poco de atención a esa ciencia es la primera cosa de la que puede esperarse cierta ayuda. La psicología de otro tiempo distinguía entre sensación, voluntad, sentimiento y fantasía o inteligencia, y estaba claro que la estupidez era un grado inferior de inteligencia. La psicología de nuestros días ha disminuido la importancia de la distinción entre los diferentes campos de la psiquis, ha reconocido la recíproca dependencia y compenetración de las diferentes actividades psíquicas, y con ello ha hecho que se complique la respuesta a la pregunta de qué significa la estupidez para la psicología. Naturalmente, también de acuerdo con las concepciones actuales, existe una relativa independencia de la actividad razonadora; pero, incluso en las condiciones más tranquilas, la atención, comprensión, memoria y demás, casi todo lo que pertenece a la razón, depende probablemente también de la calidad de la índole emotiva; a ello se añade, en la experiencia práctica, como también en la espiritual, una posterior compenetración de inteligencia o de emotividad que es casi indisoluble.

Y esa dificultad para distinguir razón y pasión en el concepto de inteligencia se refleja naturalmente también en el concepto de estupidez; y si, por ejemplo, la psicología médica describe el pensamiento de deficientes mentales con palabras como: pobre,

impreciso, incapaz de abstraer, carente de claridad, lento, fácil para distraerse, superficial, unilateral, rígido, complicado, excesivamente móvil, confuso, se comprende sin más que esos atributos se refieran en parte a la razón y en parte al sentimiento. Por eso se puede decir: la estupidez y la inteligencia dependen tanto de la razón como del sentimiento; y, si una u otro prevalecen, si, por ejemplo, en la imbecilidad, la debilidad de la inteligencia está «en primer plano», o la debilidad del sentimiento según algunos famosos moralistas rígidos, puede dejarse que los especialistas decidan, mientras que nosotros, los profanos, debemos arreglárnoslas de forma un poco más libre.

En la vida, se suele entender por estúpido alguien que «es algo débil de cerebro». Pero, existen también las más variadas aberraciones intelectuales y psíquicas, por las que incluso una inteligencia indemne desde el nacimiento puede verse tan impedida, obstaculizada y confusa, que se vea reducida a una condición en la que el lenguaje tenga a su disposición una vez más sólo la palabra estupidez. Por tanto, dicha palabra incluye dos tipos en el fondo bastante diferentes: una estupidez simple y honesta y otra que, un poco paradójicamente, es señal de inteligencia también. La primera se debe más que nada a una debilidad de la razón, la otra más bien a una razón que es un poco débil respecto a otra cosa, y esta última es, con mucho, la más peligrosa.

La estupidez honrada es un poco dura de mollera y lenta para aprehender. Es pobre de imágenes y palabras, y torpe en la forma de usarlas. Prefiere las cosas banales, porque se le quedan bien fijadas en la mente a través de su frecuente repetición, y, una vez que se le ha quedado grabado algo en la mente, no piensa dejar que se lo quiten fácilmente, o que lo analicen, o ponerse ella misma a reflexionar sobre ello. ¡En el fondo tiene no poco en común con la sana vida de las mejillas rojas! Es cierto que muchas veces es vaga e imprecisa en el pensar, y con frecuencia su pensamiento deja de funcionar frente a nuevas experiencias, pero, co-

mo compensación, se atiene más a lo que se puede aprehender a través de los sentidos, y que se puede, por decirlo así, contar con los dedos. En suma, es la querida «estupidez luminosa», y si no fuese quizá tan ingenua, confusa y, al mismo tiempo, tan impenetrable a toda explicación hasta el punto de hacer enloquecer, sería una aparición por lo menos amable.

No puedo renunciar a ilustrar dicha aparición con algunos ejemplos que la muestran también por otros lados y que he sacado del *Manual de psiquiatría* de Bleuler: un imbécil expresa lo que nosotros despacharíamos con la fórmula «médico a la cabecera del enfermo» con las siguientes palabras: «Un hombre que sujeta la mano de otro, éste está en la cama, además, hay una monja». Es el modo de expresarse de un primitivo: ¡describiendo! Una mujer de servicio no muy despierta considera una broma tonta proponerle que lleve sus ahorros al banco, donde producirían intereses: ¡nadie, dice, sería tan estúpido de pagarle dinero, cuando encima se lo guarda!, y en ello se expresa una visión caballeresca, ¡una relación hacia el dinero! ¡Como en mi juventud podía encontrarse en raros casos, entre viejos patricios! A un tercer imbécil se le considera como síntoma el hecho de afirmar que una moneda de dos marcos vale menos que una de un marco y dos de medio marco, porque (éste es su razonamiento) hay que cambiarla y entonces se obtiene muy poco cambio. ¡Espero no ser el único imbécil de esta sala que apruebe cordialmente esta teoría de los valores en personas que no prestan atención cuando cambian el dinero!

Pero volvamos de nuevo a la relación con el arte: la estupidez simple es muchas veces verdaderamente artística. En vez de responder a una palabra —estímulo— con otra palabra, como hace un tiempo estaba muy difundido en determinados experimentos, responde con frases completas, y, dígase lo que se diga, dichas frases ¡tienen algo no muy diferente de la poesía! Repito aquí algunas respuestas, colocando delante la palabra-estímulo:

Encender: el hornero enciende la leña.

Invierno: está compuesto de nieve.

Padre: una vez me tiró rodando por la escalera.

Bodas: sirven para dormir.

Jardín: en el jardín siempre hace buen tiempo.

Religión: cuando se va a misa.

¿Quién era Guillermo Tell?: lo representaron en el bosque; había también mujeres y niños disfrazados.

¿Quién era San Pedro? Cantó tres veces.

La ingenuidad y la gran plasticidad de estas respuestas, la sustitución de concepciones más elevadas por la simple narración, la importancia dada dentro de ésta a los elementos superfluos, localizaciones y añadidos, y otras veces la condensación abreviadora, como en el ejemplo de San Pedro, todos ellos son antiquísimos instrumentos de la poesía; y, aunque creo que un exceso de ellos, como se usa actualmente, acerca al poeta al idiota, sin embargo, no se puede desconocer el elemento poético que hay en este último, y es significativo que en la poesía el idiota pueda aparecer representado con una extraña complacencia para su espíritu.

Con relación a esta estupidez nuestra, la pretenciosa y la más elevada, se encuentran en un contraste quizá demasiado violento. Aquélla no es tanto falta de inteligencia en sí, cuanto más bien su falta, debido al hecho de que pretende realizar tareas que no se le confían; y puede tener todas las cualidades malas de la razón débil, pero tiene además todas las causadas por un sentimiento no equilibrado, deforme, de movilidad irregular, en suma, todo sentimiento que desvíe de la salud. Ya que no existen sentimientos «normales», en dicha desviación se expresa, más exactamente, una insuficiencia de colaboración entre la unilateralidad del sentimiento y una razón que no basta para controlarla. Esa estupidez más elevada es la auténtica enfermedad de la

educación (pero, para evitar malentendidos, ésta significa educación equivocada o deformada, desproporción entre materia y forma en la educación), y describirla es una tarea casi ilimitada. Alcanza incluso a la más elevada intelectualidad porque, si la verdadera estupidez es una actriz silenciosa, la inteligente es la que contribuye a la agitación de la vida intelectual, y especialmente a su inestabilidad e infructuosidad. Hace años escribía yo: «No existe prácticamente ningún pensamiento importante que la estupidez no esté en condiciones de utilizar, es móvil en todos los sentidos y puede ponerse todos los vestidos de la verdad. En cambio, la verdad sólo tiene un vestido en cualquier ocasión, y sólo un camino, y siempre está en desventaja. La estupidez que se entiende con eso no es una enfermedad mental, y, sin embargo, es la enfermedad más peligrosa de la mente, peligrosa hasta para la vida».

Es cierto que cada uno de nosotros debería identificarla en sí mismo, y no esperar a reconocerla en sus grandes explosiones históricas. Pero, ¿cómo reconocerla? Y ¿qué sello inconfundible podemos imponerle? En la actualidad la psiquiatría indica como síntoma principal para los casos que se refieren a ella la incapacidad para tener orden en la vida, el fallo ante todas las tareas que ésta impone, o incluso imprevistamente ante una tarea en la que nadie hubiera esperado una falla. También en la psicología experimental, que estudia sobre todo individuos sanos, la estupidez se define en términos análogos: «Estúpido es para nosotros un comportamiento que no consigue dar una prestación, para la cual aparecen dadas todas las condiciones, excepto las personales», escribe un conocido representante de una de las más recientes escuelas de esta ciencia. Este síntoma de la incapacidad para un comportamiento objetivo, de habilidad, por tanto, va muy bien para los «casos» en la clínica o en el centro de observación de los monos, pero son los «casos» en libertad los que hacen necesario añadir algo más, porque en ellos el «cumplimiento» correcto

o equivocado de la «prestación» no es tan evidente. En primer lugar, en la capacidad de comportarse siempre como se comportaría un hombre vital y enérgico en tales condiciones va ya toda la profunda ambigüedad de la inteligencia y de la estupidez, porque el «comportamiento apropiado», «competente», puede utilizar la cosa para su provecho personal o, por el contrario, ponerse a su servicio, y quien hace una cosa suele considerar estúpido a quien hace la otra. (Pero, en sentido médico, estúpido es quien no puede hacer ni la una ni la otra).

Y, en segundo lugar, no se puede negar que un comportamiento sugestivo e incluso inapropiado puede ser muchas veces indispensable porque la objetividad y la impersonalidad, la subjetividad y la impropiedad están emparentadas entre sí, y, por ridícula que pueda ser la subjetividad irreflexiva, igualmente imposible de vivirse e incluso de pensarse es también por supuesto un comportamiento totalmente objetivo; equilibrar ambas cosas es una de las dificultades fundamentales de nuestra cultura. E, incluso, habría que objetar que en ocasiones no todos se comportan tan prudentemente como sería necesario, que, por tanto, cada uno de nosotros es estúpido, si no siempre, por lo menos de vez en cuando. Por eso, hay que distinguir también entre el fracaso y la incapacidad, entre estupidez ocasional y funcional, y continua o constitucional, entre error y falta de sentido. Éste es uno de los puntos esenciales, ya que las condiciones de vida en la actualidad son tales, tan oscuras, confusas, complicadas, que de las estupideces ocasionales del individuo puede nacer una estupidez constitucional de la comunidad. Esto nos lleva, para concluir también fuera del campo de las cualidades personales, a considerar una sociedad afectada por taras mentales. Es cierto que no se puede aplicar a la sociedad lo que se produce psicológica y realmente en el interior del individuo, por tanto, tampoco las enfermedades mentales y la estupidez, pero actualmente podría ha-

blarse de una «imitación social de deficiencias mentales»: los ejemplos a propósito son evidentes.

Con esto último hemos sobrepasado el ámbito de la explicación psicológica. Ésta nos enseña que una mente inteligente tiene determinadas cualidades, como claridad, precisión, riqueza, elasticidad a pesar de la solidez, y muchas otras más, que se podrían enumerar; y que dichas cualidades son en parte innatas, en parte se adquieren, junto con los conocimientos que uno acumula, como una especie de habilidad en el pensar; de hecho, una buena inteligencia y una mente ágil significan casi la misma cosa. Para llegar a ella sólo hay que superar la pereza; la disposición natural se puede incluso educar, y la extraña expresión «deporte mental» expresa también bastante bien qué es lo especial.

La estupidez «inteligente», en cambio, no se encuentra tanto en contraste con el intelecto cuanto con el pensamiento e incluso con el sentimiento (siempre que no se entienda por ello sólo una mezcla de estados sentimentales). Como los pensamientos y los sentimientos se mueven juntos, pero también porque en ellos se expresa el mismo individuo, algunos conceptos como anchura, estrechez, agilidad, simplicidad, fidelidad se pueden aplicar tanto al pensamiento como al sentimiento; y aunque la conexión que resulta no sea del todo clara, basta, en cualquier caso, para poder decir que la razón forma parte también del sentimiento, y que nuestros sentimientos están en relación con la inteligencia y con la estupidez. Contra esa estupidez hay que actuar con el ejemplo y con la crítica.

La concepción aquí expuesta se diferencia de la opinión corriente (que no está del todo equivocada pero, es unilateral), según la cual un sentimiento profundo y sincero no necesitaría la razón sino que, al contrario, se vería solamente contaminado. La verdad es que en ciertas personas simples algunas cualidades apreciables como fidelidad, constancia, pureza de sentimientos y similares se presentan sin mezcla, pero sólo porque la competen-

cia de las otras cualidades es demasiado débil. Un caso límite de ello se nos ha presentado antes con la imagen de la idiotez amable. No tengo la intención de envilecer con estas precisiones el sentimiento bonachón y bien intencionado —¡precisamente su ausencia es una de las causas fundamentales de la estupidez más elevada!— pero todavía más importante ahora es anteponerle el concepto del significado que menciono, pero sólo de forma completamente utópica.

El significado reúne en sí la verdad que podemos reconocer en él con las cualidades del sentimiento en que tenemos fe, para alcanzar algo nuevo, una comprensión, pero también una decisión, un seguir siempre fortalecido, algo que tiene un contenido psíquico y espiritual y «exige» un comportamiento de nosotros y de otros. Podríamos decir, por ejemplo, y es el momento más importante en conexión con la estupidez, que el significado es comprensible tanto por el lado racional como por el lado afectivo de la crítica. El significado es también lo contrario, tanto de la estupidez como de la ordinariez, y la desproporción general, en que hoy los momentos emotivos asfixian a la razón en vez de darle impulso, desaparece en el concepto de la significación. No hablemos más de ello, quizás hayamos dicho ya más de lo que podemos sostener responsablemente. Porque, si hubiese que añadir algo más, sería esto: que con cuanto hemos dicho no hemos dado ninguna señal segura de reconocimiento y de distinción del significado, y que no sería fácil dar una plenamente satisfactoria. Sin embargo, esto nos lleva al último y más importante remedio contra la estupidez: la modestia.

Ocasionalmente todos nosotros somos estúpidos: y debemos actuar a veces como ciegos o semiciegos; si no fuese así, el mundo se cerraría; y, si alguien pretendiese deducir de los peligros de la estupidez la regla: «¡Abstente de juzgar y de decidir en todo lo que no comprendas completamente!», permaneceríamos inertes. Pero esta situación, de que actualmente se habla tanto, es análoga

a otra, conocida desde hace mucho, en el ámbito del intelecto. Como, de hecho, nuestro saber y nuestra capacidad son incompletas, en todas las ciencias nos vemos obligados a emitir juicios aventurados, pero, esforzándonos, hemos aprendido a reducir dicho error a límites conocidos y dentro de los cuales pueda corregirse. Nada impide trasladar ese juicio y esa acción, exactos y llenos de orgullo y de humildad a un tiempo, a otros campos de nuestra existencia: y yo creo que el principio: «¡Actúa bien, cuando puedas, y mal, cuando debas, y, entretanto, ten conciencia de los límites de error de tu obrar!» nos conduciría ya a la mitad del camino para la creación de una vida llena de perspectivas positivas.

Pero con estas observaciones, hace rato que he acabado mis argumentaciones que, como afirmaba al principio, no son sino un estudio preliminar. Y con el pie en el límite, declaro que no estoy en condiciones de ir más allá, porque con un solo paso más estaríamos fuera del ámbito de la estupidez, que incluso en teoría es variado e interesante, y entraríamos en el de la sabiduría, una región desértica y en general esclavizada por los hombres.

ROBERT MUSIL (Klagenfurt, 6 de noviembre de 1880 – Ginebra, 15 de abril de 1942) fue un escritor austríaco. Es, junto con Thomas Mann y con Franz Kafka, uno de los más importantes novelistas en lengua alemana del siglo XX, y también, durante muchos años, fue uno de los menos conocidos.

Estudió en la Academia Militar de Eisenstadt, graduándose como cadete en la de Hranice, y continuando en la de Viena, que dejó para estudiar ingeniería en la Universidad Técnica de Alemania en Brno. Continuó sus estudios, licenciándose y doctorándose en Filosofía y Psicología en la Universidad de Berlín, ya escribiendo por entonces.

Trabajó como bibliotecario en la Universidad Técnica de Viena y en el diario Literario de Berlín. Durante la Primera Guerra Mundial, sirvió en el ejército Imperial, y terminada ésta, fue funcionario, abandonando este trabajo para dedicarse de lleno a la escritura. Ante la llegada de la Segunda Guerra Mundial, se exilió a Suiza, donde murió.

Notas

[1] *Derisch* y *terisch* significan «sordo»; *töricht*, que en alemán significa «tonto», se pronuncia igual que *törisch*. <<

[2] Wilhelm Busch (1832-1908), célebre dibujante y humorista alemán, autor de *Max und Moritz*, historia de dos niños terribles. <<

ÍNDICE

Sobre la estupidez	3
Autor	33
Notas	34